

Rainy Day Women

(*)

Me habría gustado comer con (*). Ni siquiera recuerdo si cuando la vi por primera vez era un día lluvioso, pero os juro que me hubiera gustado comer con (*). Enterarme de sus sueños, de los rotos y de los "aún por romper", como dice Tubo con su natural optimismo. Seguro que los contaba con una voz suave, bella, modulada, como la que tienen esas mujeres que agradecerías que te hablaran aunque fuera por fax. Y me habría gustado saber también de sus problemas y de sus angustias, escuchar como en algún momento la bella voz se quebraba y se cortaba, como la luz del sol se corta tras la nube negra, mientras tú te quedas frío, esperando a ver quién puede más, si el astro rey o el creciente y lunar crespón de luto. "Siempre puede más el luto", comenta Steady, otro de mis amigos optimistas, mientras miramos la foto de (*). Ambos estamos de acuerdo en que, si yo hubiera comido alguna vez con (*), habría sabido animarla. "Porque si una cosa tienes, macho, es que sabes subir la moral de tus compañeras de mesa. Lamentablemente, toda esa labia no te sirve para ti mismo". Steady me conoce tan bien...

Hoy sí llueve. La lluvia moja los cristales del Efenbar, justo a los dos días desde que a (*) le hicieron aquella foto que estamos mirando de nuevo. Mi barman se sirve un whisky doble y me obliga a secundarle. Masculla algo. Algo probablemente nada positivo. Es de la clase de tipos para los que la frase "La vida es un asco" tiene rango de jaculatoria. Pero incluso él acepta que (*) y yo deberíamos haber comido alguna vez en su bar restaurante. "Nos moriremos sin conocer a cuatro mil millones de mujeres, maldita sea, pero ésta debió de estar aquí. Nos la merecíamos". Steady está destrozado. Apenas nos queda whisky, de manera que sirve otros dos y sigue hablando. "Abro el bar a las seis y media. ¿Por qué no vino a desayunar?"

Steady, como yo, únicamente conoce a (*) por la foto. Y ambos estamos seguros de que nunca la volveremos a ver, ni sabremos si era soltera, casada, española, extranjera, insolentemente culta o inocentemente sabia. Sólo que nos

gustaría haberla conocido. "Ahora ya es demasiado tarde", comenta Steady volviendo a mirar la foto. "Eso sí: estoy seguro de que era una gran mujer. Como todas, por otra parte". Esta vez, milagrosamente, parece haberse olvidado de su ex, o tal vez el rastro de piedad que le invade la incluye también a ella. "Son lo mejor de la vida, Mac. Las transmisoras. A través de ellas la vida se propaga y continúa". Continúa, sí. Bebemos por las mujeres una vez más, las transmisoras de vida en este mundo cada vez más tocado por la muerte, por la incomprensible y salvaje muerte. Por esa nube. Por ese crespón. Por esa eterna lluvia de sangre que jamás amaina, por esa acumulación de carne fría o calcinada que a todos iguala. Esta mañana tenemos Steady y yo sensaciones de matadero. Parece que no nos encontramos nada satisfechos de pertenecer a una grey que se llama humana y que lleva "los malditos miles o millones de años que lleve sobre la tierra, desmintiéndolo".

Steady está muy mal. Es curioso cómo suele ocurrir que a los declarados pesimistas es a los que más duramente golpea la previsible realidad. Será que en el fondo no hay mayor fe que la de los sin fe. Pero incluso ésa se vino abajo aquel día. El día en que conocimos a (*). El día en que la vimos por primera y única vez en una foto. En aquella foto. Con aquella boca, que seguramente diría maravillas, que seguramente sabría besar como nadie a los hijos, a la pareja... abierta y sorprendida ahora en el último gesto. Con aquellos ojos, indiscutiblemente hermosos, que hasta momentos antes habrían estado enamorando y enamorándose del paisaje por la ventanilla del mejor medio para viajar y a la vez mirar. Hasta que su paisaje incluyó la muerte. Esa nube negra. Ese crespón. Hasta que en aquel 11-M, M de marzo y de Madrid, pero también M de Mujer, de transmisora de vida, su tren, el tren de tantos y tantos, el tren de la diaria fuerza vital se cruzó con el invisible, con el traicionero, con el miserable tren negro de la inhumanidad y el fanatismo. Con el tren de la muerte. Y ella quedó allí, exponiendo eso, su muerte, entre hierros doblados cenizas y sangre. Como en un escaparate. Como una llamada para las siempre ávidas y voraces cámaras que plasmaron la foto. La que ahora miramos Steady y yo, vencidos, derribados, taciturnos. Nos habría gustado conocer a (*), comer con ella, reír o llorar un momento a su lado. Vivir. Pero Steady lo dijo: "Siempre puede más el luto".

es.humanidades.literatura
13 marzo 2004